

NARCISISMO, ADOLESCENCIA E IDEALES

Lic. Adriana Ponzoni

La idea es poder reflexionar sobre la contribución del narcisismo – entendido éste en su sentido más cercano al mito, como el amor a la imagen de si mismo – a nuestra vida de relación con los demás y con la cultura, cuánto la puede promover y enriquecer y cuánto la puede empobrecer hasta llegar a su total ruptura. Me interesa poder pensar y también dejar algunas preguntas planteadas acerca de la problemática que las diferentes formas de expresión del narcisismo, frecuentes en la clínica con adolescentes y en la cultura, nos presentan.

En “La Transitoriedad” (Freud,1915) Freud reflexiona sobre las diferentes actitudes en relación a la “transitoriedad de lo bello”. Así, afirma: *“La representación de que eso bello era transitorio dio a los dos sensitivos un pregusto del duelo por su sepultamiento, y, puesto que el alma se aparta instintivamente de todo lo doloroso, sintieron menoscabado su goce de lo bello por la idea de su transitoriedad”* (el subrayado es mío).

Este pregusto del duelo, parece sugerir que, frente a la eventualidad de la pérdida y el dolor que conlleva siempre como riesgo la relación con el otro, el yo prefiere no invertir el mundo y permanecer dentro de sus propios límites, aferrándose a si mismo. El yo teme no poder tolerar el eventual desprendimiento posterior y no puede así apostar al enriquecimiento y a las satisfacciones que surgirían de las relaciones con el objeto y el mundo.

Podríamos aventurarnos a pensar que tal vez el yo, no sólo no se siente lo suficientemente fuerte como para poder tolerar todas las eventuales vicisitudes de una relación y su pérdida, es decir el duelo, sino que tal vez no siente el deseo de salir de si mismo en primer lugar. Esto nos podría remitir a fantasías tanto de ser “devorado” en el propio proceso de duelo como a un temido empobrecimiento o “servidumbre” del yo, a favor del objeto –situaciones que Freud describe en relación al duelo, la melancolía y el enamoramiento (“Duelo y melancolía”,1915). A su vez, desde la perspectiva del mito de Narciso, podríamos plantearnos que estamos frente a un yo que no puede desear a otro porque no ha sido suficientemente deseado él mismo.

Organiza:



Fundación
**SOCIEDADES
COMPLEJAS**

Auspician:

N
noveduc

eccolequá
consultora educativa

Convocan:

 UNIVERSITÉ
PARIS DESCARTES

 PSYCHOLOGIE CLINIQUE
PSYCHOPATHOLOGIE
PSYCHANALYSE

 UCES **apba** asociación
de psicólogos
de Buenos Aires
Carrera de Psicoanálisis con adolescentes

CILA
Collège International
de l'Adolescence

APU
Laboratorio de Adolescencia
Asociación Psicoanalítica del Uruguay

De todas maneras, se destaca una suerte de contraposición entre libido yoica (narcisismo) y libido de objeto, donde el yo siente que no tiene libido suficiente como para “invertir”, ni lo desea, fuera de sí mismo. Siguiendo la metáfora freudiana, podríamos decir que el yo anda escaso de “capital” lo que podría llevar a la discusión de por qué se encuentra en ese estado, pero no es lo que quiero jerarquizar hoy para reflexionar, sino más bien ciertos avatares de los vínculos y la experiencia humana. Con esto nos dice Daniel Gil – en su trabajo “Narciso ¿era narcisista?”, y tomo prestadas sus palabras: *“no pretendo más que recuperar esa dimensión humana, relacionada con la indefensión y la angustia ante la amenaza de la pérdida del amor”*.

Me viene aquí a la memoria una frecuente expresión que escucho en algunos adolescentes de hoy y es “estoy por fuera”. Estar por fuera que no tiene que ver con marcar un límite sino más bien con un no involucrarse, no comprometerse, es decir ausentarse de la propia experiencia, sustraerse...

Considero que en la clínica actual, el “pregusto del duelo” que nos hablaba Freud, es lo que subyace a expresiones de este tipo como a otras similares que vehiculizan a través de la palabra una forma de posicionarse frente a los otros y al mundo

Pienso ahora en un adolescente que consulta por una tartamudez... ¿qué es lo que no puede terminar de decir? ¿Por qué no puede estar encarnado en sus palabras? ¿Por qué tiene que estar ausentándose, sustrayéndose de su discurso? Además de las variadas fantasías edípicas que están en juego en la producción de su síntoma, creo que pensar esta situación clínica desde el narcisismo abre otras vertientes para abordar este síntoma tan complejo...el pregusto del duelo como la anticipación angustiosa de una herida narcisista.

Para abordar otra línea, más en relación con lo cultural que quiero proponer ahora y siguiendo el texto sobre “La transitoriedad”, me surgen algunas preguntas: ¿quiénes serían hoy estos “sensitivos” a que se refería Freud a principios del siglo pasado? ¿Cuáles son los equivalentes en nuestra cultura actual, del siglo XXI, y cómo se comportarían frente a lo transitorio?

Hay algo de este “pregusto del duelo” que todos “degustamos” cotidianamente - la vida y todo en la vida es transitorio - y cada uno lo dirime de la mejor manera que puede dentro de sí mismo y con los demás.

De todos modos esta figura del poeta - referente clásico de la cultura de principios del siglo pasado – me sugiere la figura del músico o líder de las bandas de rock de hoy. Seguramente esto no es fortuito y tiene que ver

con los adolescentes, quienes me interpelan dentro y fuera de la clínica. Posiblemente a muchos les va a parecer una irreverencia que haga semejante paralelismo, con todo me parece interesante al menos considerarlo.

Entonces...¿qué estatuto tiene lo transitorio hoy? Pensando en este mundo adolescente que expresa muy bien y caricaturalmente los valores y antivalores de nuestra cultura actual y en la cual creo que es posible reconocernos con mayor o menor adherencia, yo diría que la actitud frente a lo transitorio ha sido transformada en una opción por lo efímero. Vivimos en una cultura de lo efímero, donde el tiempo parece prevalecer sobre el deseo ("no sé lo que quiero pero lo quiero hoy" dice el verso de una banda juvenil). Vivimos en una aceleración que nos desconcierta y que lleva a que el trabajoso recorrido interno que nos implica el acceso a nuestro propio deseo y a las vicisitudes en los vínculos a que éste nos conduce (que siempre conllevan la marca de una mayor o menor transitoriedad) haya sido elevado (¿o degradado?) a la condición de efímero, a modo de fuga. Entonces aquello temido y evitado, la posibilidad de las pérdidas, es transformado en ideal, de suerte que se elige perder de antemano, en un movimiento de tinte contrafóbico, en un vínculo que parece agotarse en el acto mismo, vaciándolo de toda significación, reforzando el sentimiento de vacío de los así "involucrados". Creo que muchas formas actuales de acceso a la sexualidad, a las primeras experiencias sexuales están marcadas por la banalización del encuentro de amor. Una especie de cuento posmoderno donde dos que se "ningunean" hacen "nada" y no pueden parar de buscarse para hacerlo...un gran desafío para la escucha y el trabajo analítico en la actualidad.

Sin ir tan lejos, existen otras formas de encuentro que están pautadas por esta caducidad elegida, recuerdo aquí una adolescente que se vinculaba con extranjeros que estaban de paso porque esto le proporcionaba: *"un seguro, sabés que te puede ir mal, bien, pero que igual es por un tiempo porque después se van"*.

En otro lugar podríamos situar aquello que Freud expresaba (Freud, 1921), ya más cerca del encuentro en la adolescencia de dos subjetividades: *"Pero es más común que el adolescente logre cierto grado de síntesis entre el amor no sensual, celestial, y el sensual, terreno; en tal caso, su relación con el objeto sexual se caracteriza por la cooperación entre pulsiones no inhibidas y pulsiones de meta inhibida"*.

En el otro extremo de los ejemplos citados, estaría el de Máximo, otro adolescente que consulta por su angustia ante *“no poder encarar con las chiquilinas”*. Siente que todavía no está *“perfecto”*, que le falta. Dice sentirse feo, inseguro, inmaduro y que así el encuentro no va a ser todo lo perfecto que él quiere que sea... *“porque para mí tiene que ser perfecto de entrada”*. Así surgen acnés virulentos o accidentes menores pero que no le permiten desplazarse por varias semanas a los cuales él atribuye el no poder *“encarar”*. Sólo muy progresivamente va dándose cuenta de que son cosas que él se hace como estrategia evitativa para no encarar. Además de las fantasías edípicas involucradas en esta sintomatología y, en general en torno a toda iniciación sexual, creo que el papel de este ideal narcisista de *“estar perfecto”*, si bien en estrecha relación con lo edípico, juega en este paciente un papel muy importante. Máximo siente que tiene que trabajarse físicamente, que *“estar tranquilo para poder hablar bien”*, sentirse lindo, *“estar en mi 100%”*.

Es decir sólo colocándose en el lugar del ideal puede sentirse lo suficientemente grandioso como para encarar esa experiencia a la que a su vez también le exige perfección. Si esta experiencia no le devuelve esa imagen, si no le corrobora esa imagen en la que precisa mirarse, aparecen fantasías de desmoronamiento que se actúan en sus accidentes y de allí también la evitación.

Sélika A. de Mendilaharsu (2000) hablando sobre el dolor ante la imposibilidad de cumplir con las exigencias de los ideales, nos dice: *“Es un tema muy amplio donde juegan no sólo la constitución del Yo ideal, del Ideal del Yo y del Superyó del individuo, sino también los ideales de la cultura en su permanencia o caída”*. En el caso de Máximo se percibe cómo nuestra cultura occidental refuerza y sostiene dichos ideales de perfección, siendo la población adolescente la población objetivo de la mayoría de las campañas publicitarias que apelan justamente al narcisismo de estos jóvenes.

Así Máximo sufre y se debate como muchos jóvenes – y no tan jóvenes – entre sus aspiraciones narcisistas y su incapacidad, más fantaseada que real, para cumplir dichas aspiraciones. Con la reedición del Edipo en la adolescencia, con la consiguiente movilización y reestructuración del Superyó, asistimos a una suerte de *“puesta a punto”* de prohibiciones por un lado y aspiraciones ideales por otro, dándose de esta manera una retransformación del narcisismo. No olvidemos que Freud, en su *“Introducción del narcisismo”*(1914), cuando

introduce el Yo ideal – Ideal del Yo, nos dice: *“El narcisismo aparece desplazado a este nuevo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas”*

Prohibiciones y aspiraciones ideales que se resignifican entonces, a la luz de la situación vital, particular y actual del adolescente y de lo cultural que irrumpe desde afuera imponiendo sus propios ideales y prohibiciones lo que a su vez es leído, significado desde el lugar particular en que se encuentra el sujeto.

Momento de turbulencia interna donde el adolescente se debate entre su imagen – aquella con la cual quiere fundirse, aquella que contaría con el amor y aprobación incondicional de los demás – y su si mismo.

Dice Clement Rosset – citado por Daniel Gil (1995) en el trabajo que ya citáramos antes: “El narcisista sufre de no amarse: no ama más que a su representación”(…) tal el miserable secreto de Narciso: una atención exagerada al otro”.

Así, en este debate entre su imagen y su si mismo, el adolescente, de una manera privilegiada por la situación vital que atraviesa puede ir reconstruyéndose, reinventándose mientras mantiene la tensión entre ambos. El riesgo es que opte por la imagen, opción que tal vez en su extremo más radical, como en el mito, ilumina algo de los caminos que pueden llevar al suicidio en la adolescencia y también aporta una línea dese la cual podemos acercarnos a pensar el malestar actual en la cultura.